

Los últimos días de D. Ramón Castilla

por el Dr. D. JOSE MARIANO OSIO, Cura y Vicario de Tarapacá

Es notorio que á su acendrado patriotismo, debió el Gran Mariscal Castilla, las persecuciones y mal tratamiento de sus protegidos los señores Pezet y Prado, aquel haciéndole surcar los mares hasta Europa, y éste, á la República chilena, de donde llamado por los pueblos del Perú para libertar á la nación de la dictadura que la oprimía, zarpó en uno de los vapores caleteros para dirigirse a Iquique, cuyos habitantes se opusieron con osadía, á su desembarco, así como antes permitieron la prisión de su comprovinciano y libertador.

Cerrada, entonces, esta primera puerta, se dirigió á la caleta de Mejillones, resuelto á emprender enérgicamente la noble misión que lo traía á su patria.

El diez y seis de mayo á la una de la mañana proxima, llegó á esta caleta, y ordenó saltar á tierra; fué bastante oírle, para que, á pesar de la resistencia que opuso la tripulación mandada por el capitán del vapor, desembarcaran mil rifles y sus respectivos pertrechos; cumpliéndose con tal exactitud sus órdenes, que á las cinco de la tarde, todo su armamento, salvada una muy pesada carga, se encontrase en la cima y fuera de peligro. Fué, entonces, cuando salió de la expresada caleta acompañado de su Estado Mayor y los señores D. José Manuel Osorio y D. Andrés Zamora, que habiendo sido presos por la misma causa, regresaban de Tacna, mediante la generosidad del prefecto Dr. D. Carlos Zapata, que aun ignoraba la llegada del Gran Mariscal, á quien, no bien se encontró en la cima de la cuesta, se le presentaron sesenta tarapaqueños, que comandados por D. Juan C. Loayza, llevaban la firme resolución de tomar cada uno su rifle y apoderarse del puerto de Iquique, mientras el subprefecto D. José Cerdeña ocupaba esta ciudad de Tarapacá con la fuerza de su mando. Una desgracia, que por entonces fué un secreto, frustró tan bello y acertado plan que hubiera decidido favorablemente la cuestión en su totalidad: habia plomo, mas los baleros, ó no los embarcaron en Valparaiso, ó los dejaron en el vapor.

Inevitable le fué entonces ocupar las oficinas salitreras de Negreros, á donde se le comunicó que la fuerza dictatorial de esta plaza se dirigía á Iquique y que libremente y sin riesgo podía entrar á su país natal.

En ese mismo día el activo coronel Pereira, pasaba a las nueve de la mañana por San Pedro de Curaña, donde se le reunió D. Manuel A. Viguera,

con la orden de bajar de Sibaya la fuerza que se retiró allí á fin de no comprometer un combate con la del señor Cerdeña, mientras se presentase el Gran Mariscal que así lo habia dispuesto. Debe notarse que de Mejillones á la hacienda de Curaña hay diez y seis leguas y á Sibaya cuarenta.

El diez y siete á las tres de la tarde acampó el Gran Mariscal en Curaña, distante siete leguas de esta ciudad; y no pasó mucho tiempo, sin haber sido felicitado por el profecto Dr. D. Pablo Zapater, sus parientes, amigos y paisanos. Allí en esos momentos de regocijo y contento, viéndose rodeado de hombres que tenian un corazón verdaderamente patriota, se espresó así: “Señores: — Yo no soy un revolucionario: vengo llamado por los pueblos, que no sin razon me dieron un dia el título de libertador, del que nadie puede despojarme, y no puedo corresponderles ahora mejor, que poniendo en práctica ese honroso título, para libertarlos de la dictadura. Soy pues, general en jefe libertador: he aquí la enseña con que destruiremos ese tremendo poder. Muy pronto tendremos un hermoso buque de guerra, buenos rifles y otras armas ventajosas; así como un millon de pesos para los gastos de la campaña: no obstante, asísteme la firme conviccion, que la nacion se verá libre sin mayores esfuerzos, ni derramamiento de sangre”.

Allí pasó la noche.

El diez y ocho, aun cuando por temor á la epidemia que hacia estragos en esta ciudad, repugnaba entrar al pueblo que le vió nacer, á las nueve y media de la mañana se dejó ver en la cima de la cuesta que conduce á la poblacion, cuyos habitantes ansiosos de abrazar al *viejo*, como solian llamarle, salieron presurosos a recibirle. El repique de las campanas, los repetidos vivas al Gran Mariscal y otras manifestaciones de alegria, le arrancaban copiosas lágrimas. A media cuesta logramos saludarle, y pocos momentos después, dirigiéndose á mí que le acompañaba de cerca, me dijo: — “Qué asolada y destruida está la población”—. Verdaderamente, le contesté, la ruina casi es completa; la actual pobreza, el hambre, mas de trescientos cincuenta enfermos y una enconada plumada dictatorial, la han reducido á tan triste y lamentable situacion”.

Tomó entonces su pañuelo blanco y entre sollozos, limpiaba las abundantes lágrimas que derramó en todo el tiempo que avanzamos lentamente como una cuadra. Un momento antes de entrar á la plaza, ocupada por numeroso gentío y por la fuerza venida de Sibaya, se espresó así: “¿Si corresponderán al sacrificio que hago?”. Y habiéndole contestado, que el entusiasmo y decision del pueblo era grande, que sabrían sacrificarlo todo por el bien de la patria oprimida y por el de su pais natal. Pues bien, repuso, sabré restituir á Tarapacá con ventaja lo que el tirano le ha quitado [1], y lo único que encargo es, que si por mi actual mal estado de salud, perezco en la campaña, como es probable, (2) no olviden mis paisanos el sacrificio que hago por la nacion y por nuestro pais: que se acuerden del ejemplo que les doy y que jamás manchen su honor y patriotismo.

Habiendo llegado al medio de la plaza, la fuerza le presentó las armas, saludó á todos cordialmente, habló poco con el prefecto y oficialidad y se

dirigió en seguida á su alojamiento, que era la casa de la respetable señora Da. Teresa Martinez, donde fué asistido durante su residencia con la mayor solicitud, tanto por dicha señora, como por su sobrina, la señorita Da. Francisca Gonzalez. Pasó este día recibiendo las felicitaciones que se le hacian, sin dejar de dar las órdenes convenientes para el descanso de la tropa y para que el armamento fuese conducido al distrito de Sibaya, catorce leguas distante de esta ciudad.

El 19 le hice preguntar, si estaba en disposicion de asistir al santo sacrificio de la misa; y como mi invitacion fuese hecha á presencia de algunos señores que estaban de visita, contestó: “¡Extraña es la pregunta!, ¿pues, no soy cristiano?”. En seguida se dirigió al templo, y como de costumbre, aun cuando no mandara, le recibí en la puerta. En la visita que por la noche le hice me dijo: “por no escandalizar á los que me acompañaban, cuando me hizo U. invitar á misa, he asistido á cumplir el precepto sin ponerme siquiera una camisa limpia, por el mal estado de mi salud, cuya enfermedad, como sabe U. muy bien, me dispensa de dicho precepto”.

En esta misma noche y apesar de encontrarse ya enfermo, emprendió la marcha sobre Sibaya y su ocupacion en ese distrito en los días 20, 21, 22, 23 y 24 fué hacer armar sus rifles, fabricar balas en moldes de barro, en defecto de los baleros perdidos, organizar su fuerza, y á precaucion y en virtud de las repetidas noticias que el Prefecto Dr. Zapata venia en su persecucion, fortificar dicho pueblo, de tal modo, que con la pequeña fuerza que contaba por de pronto, podia haber batido y derrotado ventajosamente sin exageracion alguna, á mas de mil combatientes que le atacaran: verdad es, que la naturaleza del terreno favorece allí al guerrero. El 22 dirigió á esta ciudad del pueblecito de Mocha, á donde se trasladó por bien de su salud, una carta que entre otras cosas dice: “haciendo votos por que Dios me dé algunos días mas de menos mala salud, y unos diez ó doce para recibir un elemento esencial por ahora, me asiste la conviccion que si todos me ayudan así, enfermo como estoy, desde una parihuela, yo daré direccion a todos nuestros negocios ejecutivos con seguridad de buen éxito”. Ya era pues fuertemente combatido por la terciana.

El 25 que vió ya espedito su pequeño ejército en número ciertamente, pero grande en valor y patriotismo, impartió orden de marcha al valiente general Gutierrez para que sin perder tiempo avanzara con la vanguardia que mandaba, sobre las oficinas salitreras de Negreros, dirigiéndose el Gran Mariscal con su estado mayor á esta ciudad donde llegó al anochecer. A las ocho ya habia pasado el general Gutierrez á cumplir su comision, pero como á las diez recibiese expresos de Arica y de Tacna, participándole los pronunciamientos respectivos en cada ciudad, varió de plan y en consecuencia ordenó que la vanguardia tomara la ruta de Iquique, dirigiendo en seguida una nota al Prefecto Zapata [3] nota que le oí redactar á él, y en que hizo uso de ejemplos acertados para darse á entender á los que le rodeaban en esas circunstancias. El conductor fué el coronel Pereira. Acto continuo hizo otro espreso al general Beingolea para que con las fuerzas de su mando y redoblando la

marcha bajara de Sibaya y lo alcanzara en el tránsito sobre Iquique. En esta noche se recostó cerca de cuatro horas.

El 26 de dos á tres de la mañana emprendió la marcha en pos del general Gutierrez: á la salida encontró en la calle un expreso de Arica, y como á las reiteradas preguntas que le hizo tartamudeara aquel, dijo: eh! hasta un tartamudo que no le entiendo me han mandado de propio. Y habiéndole contestado éste; —y yo estoy hablando con un sordo que no me oye— sonriéndose sacó cinco cóndores de oro y se los obsequió para que fuera á descansar. A las once, del día se incorporó á la vanguardia que se hallaba en las oficinas del Canton de la Peña: un poco de agua fria fué allí su desayuno; y no bien avanzó como dos millas, de su fuerza, fué sorprendido de improviso y á corta distancia por treinta y cinco hombres de la caballería enemiga, y no obstante el peligro que corria su persona, pues no podía ser favorecido prontamente por su gente, conservó la serenidad que habia tenido en tales casos; ordenando que el general Gutierrez formase la línea, á donde se dirigió con paso de valiente. Reunido á la fuerza y en los momentos de batirse, se observó á corta distancia una gran polvareda y algunos hombres montados que salian de una quebrada, y como asegurasen al G. Mariscal que era la infantería enemiga que trataba de rodearlo —ordenó la retirada, á pesar de que el general Gutierrez y los ochenta infantes tarapaqueños ansiaban batirse—. No quiero, dijo, sacrificar mis paisanos con tanta desventaja.

Consíderese, pues, ahora el estado del anciano Mariscal; enfermo, en la necesidad de hacer bajo un sol abrazador un camino de diez leguas en retirada y sin una gota de agua que con instancias pedia: allí, sin duda alguna hubiera perecido, si á escape de caballo no se la proporciona D. Manuel Almonte y Viguera: tomola, pues; mezclada con pito de maiz que tanto le agradaba; así refrigeró la sed que le devoraba y aun le sirvió de alimento. A las nueve de la noche regresó á esta ciudad, y no bien desmontó, se sentó en un sofá, quedándose dormido hasta las once que despertó. Entónces, aunque con trabajo, logró desvertirle y recostarle en su cama, sin haber tomado mas que un poco de limonada tibia, hasta las cuatro, que habiéndose levantado, con gran dificultad pasó algunas cucharadas de caldo y un poco de café, emprendiendo enseguida su marcha sobre Pachica, donde se hallaba ya acampada toda su fuerza.

El 27, á las cuatro de la tarde le visité en compañía de D. Manuel A. y Viguera, á quien tan pronto como le saludamos y tomamos asiento, le dijo; mucho me acuerdo Almonte del agua con que me favoreció U. ayer: le reitero las mas expresivas gracias. Nos invitó á comer con su estado mayor, mas agradeciéndole, no le aceptamos. Entónces me fijé muy bien en él, le observé atentamente y me conmovió y afligió en gran manera el miserable estado á que se veía reducido el hombre fuerte: no le sostenia sino la fuerza de voluntad: era un moribundo sentado en un estrado y tapado con una frasada: trabajosamente sostenia recto su cuerpo, y cuando le hablaban contestaba con esfuerzo, pero conservaba siempre íntegra su buena razón y discernimiento.

A las 7 de la noche regresó el coronel Pereira con la respuesta del Prefecto Dr. Zapata, y al verle, se reanimó de tal modo, que le observé menos fatiga:

oyó leer la contestación á su nota, y murmurando de la incredulidad que manifestaba de los pronunciamientos de Arica y Tacna, ordenó al general Rivas, le remitiese copia de las comunicaciones relativas á dichos pronunciamientos. Preguntó en seguida al Coronel Pereira como habia sido tratado por el Prefecto Zapata; —como un caballero, señor, le contestó aquel— y siguió refiriéndole minuciosamente cuantos datos habia podido adquirir. Concluida la relación anterior, nos despedimos con el señor Almonte con el corazón atravezado, considerando la infortunada suerte de nuestro paisano, é indignados ciertamente, al ver ciertas y ciertas personas, que no ponian por su salud el menor empeño, como si viviendo algunos dias mas, no hubiese dádoles honra y pan.

El 28 por la mañana se nos participó que era mejor la salud del G. Mariscal, tal que calmó la inquietud de la población, que en su muerte veía próxima su ruina por la hidrofobia que contra ella habia manifestado siempre en todos sus actos el dictador.

El 29 se nos informó haberse empeorado el Gran Mariscal y que continuaba en mal estado: resolví entónces ir al siguiente día á Pachica, y como era festivo, ofrecer el santo sacrificio de la misa por su importante salud, así como consultarle si admitiria el médico que habia resuelto pedir á mi generoso amigo el Prefecto D. Zapata. Para cumplir mis deseos, dispuse todo lo necesario para emprender mi marcha muy temprano, habiendo anticipado mi determinación al sub-prefecto Dr. Mariano Aguirre, á fin de que hiciera preparar la capilla de dicho Pachica. Así pasamos este dia con cuidados y zozobras.

Amaneció, en fin, el funesto dia 30 y fueron grandes mi sorpresa y dolor al recibir la noticia, que con motivo de un expreso de Arica llamándole con instancia con su fuerza, alzó el campo en la anterior noche, despues de haber trazado con el mayor acierto, en presencia del consejo de jefes que convocó, el camino que debia seguir la fuerza tarapaqueña, ya para no ser sorprendida en el tránsito, como para que llegase á Arica antes que la division Ugarteche. El consejo le hizo presente en esa misma noche el mal estado de su salud, instándole con la mejor voluntad á que se quedase algunos dias mas, á bastante fuerzas. General fué, pues, la consternación de los tarapaqueños al saber lo ocurrido en la precedente noche, apoderándose de todos generalmente un profundo pesar y casi la desesperación por el mal estado en que marchaba el Gran Mariscal. En tan triste situación no encontramos ya otro consuelo que el que en tales momentos ofrece al afligido nuestra augusta religion; así es que, con la solemnidad que nos fué posible, elevamos nuestras humildes preces al Señor y ofrecimos por el bien del Gran Mariscal el santo sacrificio de la misa. ¡Quiera el Dios Omnipotente y misericordioso haberse dignado aceptar nuestra ofrenda y concedídole la bienaventuranza, como defensor y protector que ha sido de la religion católica y de sus derechos.

De dos á tres de la mañana de este fatal dia, llegó la fuerza á la hacienda de "Curaña", menos el infortunado Mariscal que se le consideró perdido hasta las cuatro que arribó sobre el caballo como un casi yerto cadáver, que mediante friegas y un cuidadoso abrigo recobró el calor que doce horas y cuarto despues perderia para siempre: en este estado se consiguió darle unas cucha-

radas de caldo y té, pues ya no le era posible sostener la taza en que se le habia servido: en seguida se le recostó y durmió hasta las siete y media del día, hora en que no bien despertó dió la órden de marcha, á la que se opuso tenazmente **D. Manuel A. y Viguera**s, sin conseguir descansara siquiera una hora mas.

Dispuesta la partida se incorporó como si estuviera sano: envolvió por si mismo en su cuello la bufanda que usaba: se despidió de doña **Fructuosa Ramirez**, esposa del señor **Almonte**, la que lo habia asistido durante el tiempo que fué su huésped, y montado á caballo por su comitiva, siguió á retaguardia de su fuerza la via de **Tibiliche**. En el largo espacio de cinco leguas conversó al señor **Almonte** sin que pudiera entenderle sino muy poco. Llegado al pié de un molle se hizo apear, descansando un rato sobre pellones que se le tendieron: pidió un poco de agua y antes de dársela, tomaron dos de los de la comitiva de una sola botella que llevaban, no dejando siquiera por humanidad mas que cuatro dedos, de cuya pequeña cantidad tomó un poco el desgraciado **Gran Mariscal**.

A las doce del dia se hizo montar otra vez continuando su marcha con su pequeña comitiva: á las tres y cincuenta y cinco minutos de la tarde y una y media legua ante de llegar á **Tibiliche**, llamó á su sobrino **D. Eugenio Castilla** y le dijo: "No me dejes solo, porque debes estar a mi lado: me siento malo y de muerte: tengo sed: ya todo ha concluido: cada uno debe retirarse á su casa". En vano se adelantaron entónces y solo entónces en busca de agua algunos de la comitiva: ya era tarde, infructuoso é inoficioso el apuro. A las cuatro recibió otro expreso de **Arica**, comunicándole que si no llegaba á tiempo de atacar la division **Ugarteche**, capitularian: impuesto de la comunicacion y transcurridos diez minutos metió espuelas á su caballo, dióle una vuelta, lo sentó y paró: "es preciso descansar" dijo, y se hizo apear: volvió á pedir agua y como no la habia le hicieron tomar un poco de vino: mas el reloj marcaba las cuatro y cuarto de la tarde: hora terrible que enlutaba la nacion. . . abrió mucho los ojos y lanzando un profundo suspiró dejó de existir para siempre en los brazos de su sobrino y los del señor **Coloma**, rodeado de **D. Nicanor Rivas** y cinco tarapaqueños mas que componian toda su guardia de honor y bajo un sol abrazador.

Murió, pues, el **Gran Mariscal Castilla** como un verdadero y abnegado patriota, á quien, no obstante, haber gobernado la nacion en diferentes épocas, apenas se le encontró en el bolsillo una moneda de cobre, valor de diez centavos, y dos billetes de un peso cada uno contra uno de los bancos de Chile.

De ese sitio, que debiera recordarlo una pirámide, fueron conducidos los restos del infortunado **Gran Mariscal** á la hacienda de **Tibiliche**, en cuya casa se velaron esa noche conforme á las miserables circunstancias del lugar: al siguiente dia trasladáronlos su comitiva á la de **Jana**, donde quedaron depositados secretamente para ocultar á la fuerza tamaña desgracia, evitando con esta medida un contraste mas que deplorar en la causa proclamada. Y sin embargo de estas precauciones la nueva de su muerte que se comunicó de **Tibiliche** á **Pisagua** la misma noche de su velorio, se trasmitió con velocidad al **Prefecto Zapata**, quien en el acto se puso en **Arica** donde se hizo pública en el campo

de los beligerantes y dió por resultado la capitulacion con el coronel Ugarteche, cuya medida rechazó enérgicamente la fuerza tarapaqueña que al fin tuvo que ceder al número viéndose en país extraño.

Fué entónces cuando Don José Manuel Osorio, reuniendo el mayor número de sus paisanos tarapaqueños, regresó á Tacna con el exclusivo fin de apoderarse de los restos del Gran Mariscal y traerlos á su pais natal, mas con tal desgracia, que horas antes que llegasen al sitio, habia salido con ellos la comision que con tal objeto mandó el Prefecto doctor Zapata en el "Meteoro" por el puerto de Pisagua, siendo de éste trasladados al de Arica, donde existieron custodiados.

No concluiremos, pues, esta memoria, sin hacer notar que el prefecto, doctor don Pablo Zapater y el jefe de estado mayor el señor general Rivas, deber poseer los documentos oficiales correspondientes á sus empleos, los que agregados á las apuntaciones hasta aquí referidas, servirán con mucha oportunidad á la biografía del Campeón Americano, que exhalando un profundo suspiro rindió su existencia por las libertades patrias y dejó en duelo la nacion peruana que tantos bienes le merece.

José M. Osio.

1.—Acta.—En Tarapacá á 3 de Octubre de 1866. Reunido el pueblo y por motivos que tiene en su conciencia resuelve no emitir su voto en las proximas elecciones é influir de un modo persuasivo con los ciudadanos que no se hallen presentes á que se suscriban á la misma opinion y los firmaron comprometiendo su palabra de honor, — Pablo Zapater, Francisco Caballero, Santiago Zavala, Manuel A. y Viguera &ca.

Irritado el Dictador en vista del acta precedente, sin meditar las consecuencias posteriores, trasladó la capital y judicatura de primera instancia al puerto de Iquique, y dejó esta ciudad con despojo violento, esperando la hora que sin duda llegaría: así sucedió el 6 de Abril del presente año, fecha en que se pronunció contra la Dictadura y proclamándose capital de provincia litoral: medida que no solo aprobó el Gran Mariscal Castilla, sino que tuvo la mira de elevarla á Departamento, con dos provincias que debían ser dos de los actuales distritos.

2.—Varias veces, atento sin duda á la mala salud que disfrutaba, predijo su muerte antes de que concluyese la campaña.

3.—República Peruana.—Cuartel general libertador.—Al señor Prefecto del Departamento de Moquegua.—Tarapacá, Marzo 25 de 1867.—Señor — Estando completándose el desenlace político que devolverá á la República sus derechos usurpados: y no debiendo evitar medida alguna que impida mas ultrajes y calamidades á los pueblos del Perú, debo prevenir á US. que lo haría muy seriamente responsable á mi pesar, si al saberse en Iquique el pronuncia-

miento de Tacna y Arica en contra de la Dictadura, hubiera ocurrido alguna novedad desagradable en el pueblo y fuerza que á US. obedecen.

No obstante el mal estado de mi salud, estoy en marcha sobre ese puerto, y es muy probable llegue á él, el día de mañana, y quiero tener la fortuna de saber que el orden no ha sufrido la menor alteracion con posterioridad á la noticia que hace conocer aquellos acontecimientos; porque tendría á la vez la satisfacción y sentimiento de ser severo con los que hubiesen delinquido en una resistencia insuficiente é injusta.

Dios guarde á US. — Ramon Castilla.

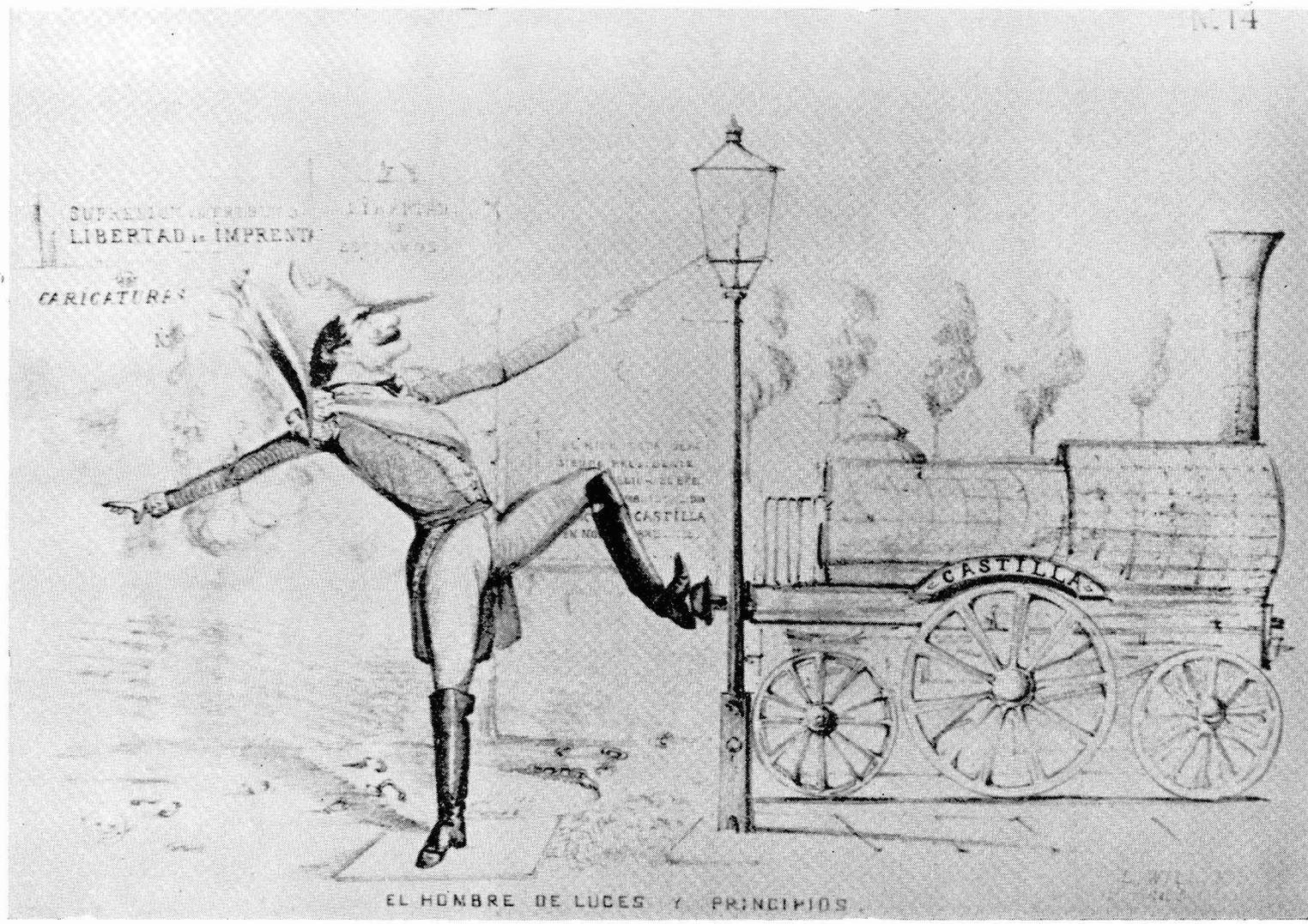
(De *El Nacional*: Lima, 31-V-1869).

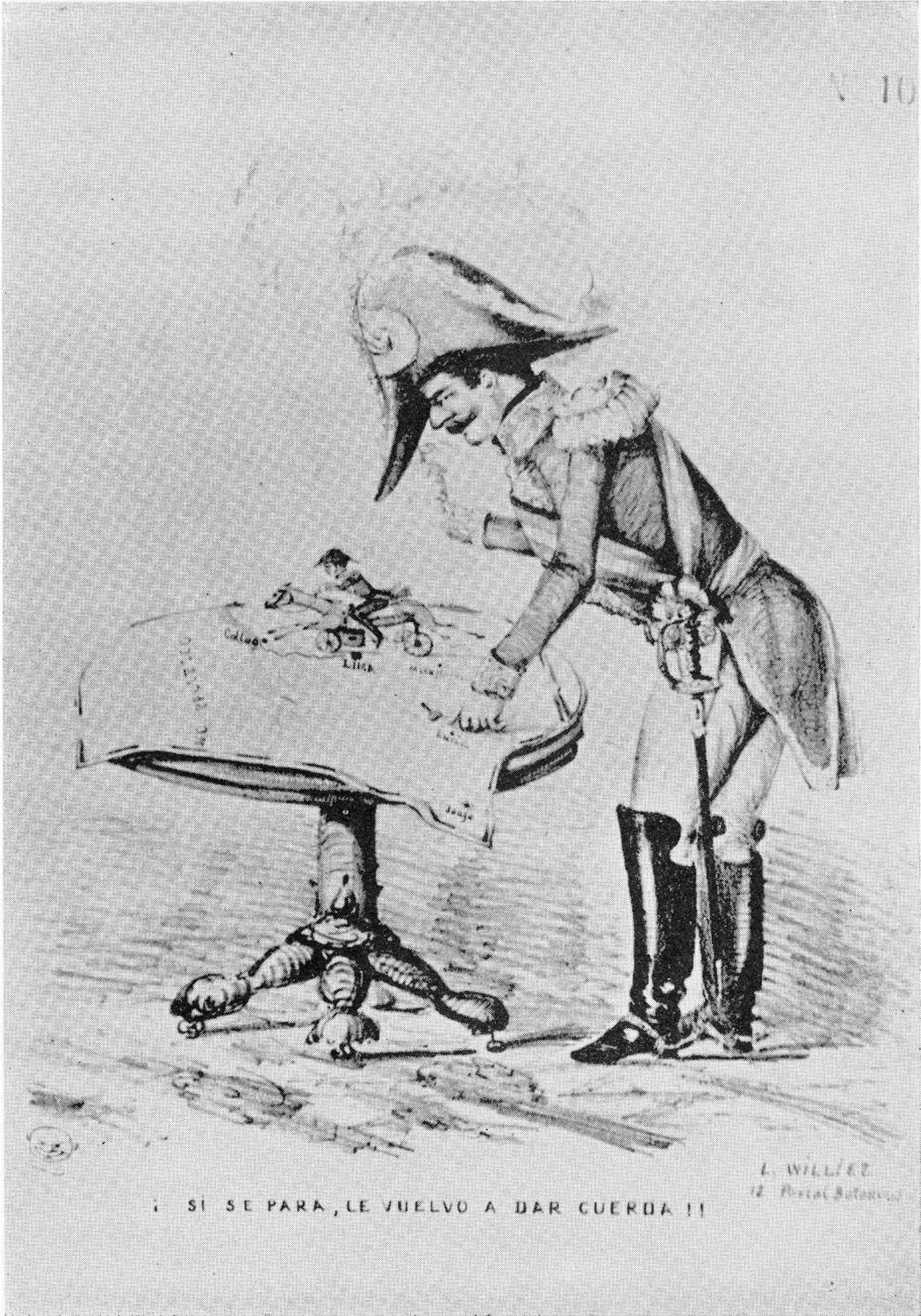
CASTILLA EN LA CARICATURA

Bajo el título de **ADEFESIOS** apareció en Lima, el año 1855, un álbum de caricaturas políticas suscritas por L. Willez. También fueron vendidas separadamente, a un real cada una.

Insertamos las que allí aparecen signadas con los números 10, 14, 18 y 19.









LLANADA DE LA CONVENCION
(5 de Febrero de 1866)